

elecciones. Sin embargo, la larga "lista de mandatarios municipales" es reflejo de la inestabilidad municipal durante todo el siglo XIX.

Uno de los hallazgos más importantes es el documento que contiene el reglamento de trabajo de las jornaleras del 15 de junio de 1864. El mismo es reproducido en su totalidad como un apéndice del libro (pág. 138). Otro aspecto que llama la atención y es resaltado en el libro se refiere a la importancia y procedencia de la población extranjera en Guayama. Esta llega a ser la mitad de la población en 1842 (pág. 88).

Del siglo XX solo obtenemos una visión a groso modo donde el autor esboza las etapas económicas, los asuntos públicos y reconoce como una de las figuras cimeras del pueblo a Don Fran Cervoni Brenes.

En su libro sobre Guayama Jalil Sued Badillo realiza una minuciosa revisión de las fuentes primarias —fondos municipales, archivo parroquial, fondo de Gobernadores, de Hacienda, etc.— y, de las fuentes secundarias existentes. Constantemente a través de la lectura encontramos dos cosas que consideramos importantes de un escritor y de un historiador: primero, la referencia a datos o documentos históricos utilizados hasta el presente y que es necesario revisar (págs. 32, 37, 43). Esta revisión se hace imperante dado el hallazgo de nuevos documentos que demuestran su incorrección. En segundo lugar, el autor constantemente hace referencia a la necesidad de realizar futuras investigaciones sobre diversos temas.

En conclusión la visión panorámica de la historia de Guayama que nos ofrece Sued Badillo es excelente y marca el derrotero como ejemplo para el desarrollo de futuras investigaciones sobre la historia de los pueblos de Puerto Rico.

Idsa E. Alegría Ortega

Jalil Sued Badillo, 1978. *Los Caribes*. Editorial Antillana.

Los caribes o caníbales de las Indias Occidentales, como se han conocido desde el primer viaje de Colón, han permanecido a través del tiempo como los más conspicuos representantes de los "salvajes" del Nuevo Mundo. En realidad, se ha escrito tanto sobre ellos en los últimos trescientos años que el libro de Jalil Sued Badillo provocaba una gran esperanza de sacar a relucir la

verdad y la fantasía en torno a un pueblo que para 1650 estaba ya prácticamente extinguido.

No precisamos adentrarnos en la lectura de este "Ensayo de rectificación histórica" para percatarnos de que el autor está firmemente convencido de que los famosos caribes son esencialmente una "fábula". Sus conclusiones no sólo reclaman estar basadas en un re-examen crítico de la evidencia, la cual de hecho cubre tales niveles como las fuentes históricas primarias tanto españolas como francesas, y la documentación lingüística, histórico-cultural y arqueológica, así como un acercamiento metodológico preciso, el del materialismo histórico, a la ignorancia del cual, atribuye el autor gran parte de la confusión existente en relación al tema.

Quizás no es irrelevante mencionar en este punto que el autor asume correctamente que el asunto de los caribes de las Indias Occidentales es realmente el objeto de un problema histórico-antropológico, principalmente en la forma en que las palabras y los modos de vivir que éstos simbolizan, fueron utilizados indiscriminadamente por los primeros españoles, para encubrir y legitimar motivos políticos y económicos profundos; es tal vez aquí donde el análisis y la documentación del autor se hace más notable. (cap.1).

En resumen, la tesis de Sued Badillo es que los términos "caribes y caníbales" utilizados por los españoles no tiene una verdadera realidad étnica. Estos se basan en una mala interpretación inicial de lo que entre los taínos de las Antillas Mayores se refería a un pueblo mitológico situado hacia el Este y a quienes asociaban con el sol y con el oro. Sued Badillo va más allá, sostiene que la práctica más notoria atribuida a los caribes, el canibalismo (como hemos llegado a conocer esas prácticas de comer carne humana) no tiene apoyo documental alguno, y que esto es esencialmente una calumnia originada y perpetuada por los españoles con el propósito de justificar sus incursiones para tomar esclavos, sus empresas de orden capitalista y su expansión imperialista (p. 51). El hecho de que los "Caribes", nunca se involucraron en esos "designios sangrientos y caníbales" es uno de los temas principales del libro. La idea no es nueva. El canibalismo, sin embargo es una práctica tan extendida a través del trópico sur americano que parecería frívolo descartar su existencia *a priori*. En vez de actitud moralista adoptada por el autor, hubiera sido más adecuado investigar con mayor profundidad la verdadera naturaleza, importancia, y función del canibalismo entre los primeros pobladores de las Antillas Menores. No obstante, estamos de acuerdo con el autor en que los españoles exageraron el uso de la práctica

para justificar sus propósitos y sobre el hecho de que alguna de la evidencia documental acerca del canibalismo pudo haberse interpretado com el culto a los antepasados (p. 42), o como trofeos de guerra (el último apenas más aceptable que el canibalismo mismo). El autor desarrolla esta idea hasta el punto en que el término "Caribe" se aplica indiscriminadamente a cualquier pueblo hostil a los españoles, o ubicado en áreas que demandan trabajo de esclavos, sea ésta en las islas o en el continente; hasta que finalmente, durante el siglo 16, se asocia a los Caribes con la resistencia de los nativos a la colonización de Puerto Rico por los españoles.

Sin embargo, la interpretación que quizás sea más inquietante, concierne a la misma naturaleza y composición de la población caribe. Generalmente se ha entendido que los caribes o caníbales fueron originalmente la primera población histórica de las Antillas Menores, como se mantiene hasta el siglo 17 y aún después. Pero para Sued Badillo la única razón para que el término "caribe" haya permanecido asociado a las Antillas Menores es porque se mantuvo como el último bastión de la resistencia nativa en el Caribe (p.87).

Esto da lugar al asunto más estimulante del libro: que la población de las Antillas Menores nunca constituyó un grupo étnico distinto a la población de las Antillas Mayores (los taínos), y que cualquier interpretación "dualista" es errónea ya que descansa únicamente en bases ideológicas, es decir, en una serie de "rasgos culturales aislados" (p. 57). Por el contrario, nos dice, las diferencias que se observaban sólo reflejaban las "desigualdades socioeconómicas" (p. 105), "adaptaciones ecológicas" (p. 1) o cambios estructurales (p. 119); éstas no constituían diferencias étnicas o culturales. Obviamente, aquí tenemos una profunda equivocación en cuanto a lo que constituye cultura y rasgos étnicos; para muchos antropólogos esas diferencias en niveles socio-económicos y de adaptación ecológica sería suficiente para establecer diferencias "culturales". Verdaderamente, la abrumadora evidencia documental, así como los informes arqueológicos, indican sin lugar a dudas que las diferencias eran de naturaleza cultural, tanto a nivel infra- como super-estructurales.

Evidentemente, el autor busca más apoyo a su teoría haciendo una explicación confusa sobre la naturaleza de las clasificaciones arqueológicas. Establecer que dos pueblos desciendan de un ancestro "cultural" prehistórico común —como parecen ser los caribes y taínos de estas islas— no quiere decir que 1500 años más tarde, todavía comparten una común identidad étnica o cultural. El error es similar a su interpretación de la evidencia lingüística (p. 110) donde, desafortunadamente, se ignoró el trabajo de

Kingsley Noble sobre las lenguas arauacas. Ningún lingüista ha identificado el Caribe isleño, una lengua Arauaca del dialecto maipura, con taíno, una lengua muy poco conocida e incorrectamente llamada arauaca como a menudo lo han sido habitantes de las Antillas Mayores, por muchos historiadores y antropólogos. Cualquiera que sea el crédito que se le dé a las clasificaciones lingüísticas de lenguas extintas basadas en una evidencia tan limitada no hay razón para dudar que ambas constituyan lenguas totalmente diferentes, a pesar de las similitudes léxicas y fonéticas. Noble clasifica el taíno como una divergencia temprana del **proto arauaco**; en verdad el taíno puede que ni siquiera sea arauaco.

El autor utiliza con frecuencia la evidencia arqueológica para apoyar sus interpretaciones. Por esa razón, considero muy perjudicial, que en un trabajo que reclama ser tan "científico" se incluyan matices políticos, nacionalistas y moralistas, incluso una actitud fuertemente xenofóbica hacia escritores anteriores, especialmente los arqueólogos norteamericanos, como si el problema Caribe fuera una alegoría de los problemas políticos, sociales y económicos de Puerto Rico. Aunque se puede simpatizar con algunos de los argumentos del autor, este no parece estar consciente de que esta "malsana dependencia intelectual" (p. 115), ese "conservadurismo retrógrado" que él atribuye a la escuela "Tipológica" americana (p. 113) a la que se acusa de ignorar los factores sociales, ambientales y económicos, en favor de establecer una mera tipología de la alfarería, es la misma escuela responsable de nuestros conocimientos sobre la pre-historia de las Indias Occidentales, así como la expresión de sus cambios culturales, los cuales son utilizados abundantemente por el autor aunque sin hacer muchos reconocimientos (p. 131ff). Por ejemplo, no ha habido otro arqueólogo, que como Irving Rouse, haya argumentado tan convincentemente sobre los asentamientos *in sitas* en las Indias Occidentales desde los comienzos de la era Cristiana. Sin embargo se acusa a los arqueólogos extranjeros de haber distorsionado la naturaleza del cambio étnico al referirse exclusivamente a los procesos difusionistas y migratorios. Es difícil reconciliar esta posición anti-difusionista (p. 23) con el fuerte planteamiento del autor en el sentido de que los cambios étnicos en las Indias Occidentales pueden ser atribuidos a la "dinámica natural que debemos esperar de áreas de mayor desarrollo socioeconómico sobre las áreas de menor desarrollo" (p. 128).

Al discutir la prehistoria temprana de las Indias Occidentales (p. 132), la cual subdivide en dos grandes períodos basados en "hondos cambios internos" (donde la mayor parte de los arqueólogos reconocen hasta cuatro

grandes períodos), Sued Badillo refuerza su punto de vista con su constante referencia a los "Araucacos" como los colonizadores originales. Esta mala interpretación, de la cual los caribes también han sido víctimas, va más allá que una mera figura de estilo; sustenta la conclusión de que las Indias Occidentales fueron ocupadas en todo momento por un sólo grupo étnico. Debemos comprender que por "Araucaco", nos referimos particularmente a un pueblo de las costas de Guyana, al sur de Trinidad, quienes se llamaban a sí mismos "Lokono", y que en todo momento fueron los enemigos tradicionales de los caribes de las Antillas Menores, un dato que el autor pasa por alto. De hecho hubo tanta hostilidad hacia el continente como la hubo hacia el norte en contra de las Antillas Mayores. Los lingüistas han utilizado el término "Araucaco" para referirse a una familia lingüística mayor, a la cual incidentalmente pertenecía el lenguaje de los caribes insulares. Pero absolutamente, no hay razón alguna, histórica o metodológica, para llamar "Araucacos" a estos primeros ceramistas y agricultores, que colonizaron las Indias Occidentales hace 1,500 años. Para estos pueblos debemos reservar un término puramente arqueológico, el "Saladoide", como es lo usual en las prácticas arqueológicas prevalecientes (pero vea p. 127). Esta misma mala interpretación, basada en evidencia documental inadecuada, es responsable de la afirmación repetida (p. 39; p. 132) de que ambas poblaciones (taínos y caribes) mantenían amplias relaciones de parentesco entre poblados, relaciones que se dice persistieron a través del período de desorganización dirigiendo alianzas y otras asociaciones económicas entre los dos grupos de islas exceptuando las distantes islas de San Vicente y Granada (p. 135). Se me hace difícil ver dónde en las Crónicas el autor descubrió este dato y especialmente a qué tipo de relaciones de parentesco se alude: matrimonio, clan, miembro, relaciones exogámicas, etc... me parece que lo que el autor sugiere es más bien un modelo plausible de relaciones sociales entre islas cercanas a Puerto Rico, que un dato histórico documentado. Una afirmación, de la naturaleza siguiente, que las "relaciones de parentesco que, a juzgar por la **evidencia arqueológica** en ambas áreas, fue larga y duradera..." (p. 138) (subrayado mío) ciertamente señala hacia una seria equivocación sobre la naturaleza de las interpretaciones arqueológicas y las inferencias sociales que estas permiten.

Sued Badillo presenta otra muy estimulante interpretación de la realidad caribe en las Indias Occidentales (mayormente en el capítulo VI), al examinar mayormente a las Antillas Menores, conocidas mejor debido a las numerosas crónicas francesas, como constituida por "Indígenas de todas las demás

islas para formar allí lo que estamos tentados a llamar un vasto campo de refugiados" (pp. 92-93) en su mayor parte, de Puerto Rico. Esta **suposición** ciertamente delata una penetrante actitud etnocéntrica del autor, apenas disimulada a través de todo el libro, en el cual constantemente se refiere a Puerto Rico como "nuestra isla". Esta idea parece haber sido inspirada por un primer documento la "Memoria de Melgarejo" de 1582 y que se refiere al éxodo de nativos puertorriqueños hacia las islas caribes. Esta interpretación es apoyada por cifras poblacionales tomada de Salvador Brau, un historiador del siglo 19 quien estimaba que una tercera parte de la población de Puerto Rico había buscado ese refugio; de acuerdo a estos primeros estimados, más de 60,000 personas durante un período de 10 a 15 años en los 1520 habrían huido hacia las Antillas Menores (p. 156). Guadalupe y Martinica (ya que San Vicente y Granada son descartados como irrelevantes debido a lo distante de Puerto Rico) no sólo eran atractivos para estos migrantes (p. 135), sino también para esclavos africanos cimarrones que componían una parte importante de la nueva población de principios del siglo dieciséis. Ciertamente, una clase importante de mestizo sería la que más se envolvería en relaciones normales con los europeos (p. 168). Aquí, otra vez, lamentamos decir que la evidencia presentada en apoyo de estas ideas es más bien tenue, incompleta y falta de análisis crítico (por ejemplo las cifras sobre la población del siglo diecinueve debían haber sido reevaluadas). Además, debemos señalar el uso incorrecto de la evidencia documental que resulta perjudicial a las conclusiones y a la validez científica del trabajo. El autor cita el trabajo de Barome como expresando que ya **a principios de 1602**, en Dominica solamente, se encontraban cerca de 200 africanos. El documento verdadero, una carta al Rey de España, data realmente de 1612, y calcula esta cifra, para todas las islas cercanas a la costa de Venezuela. Ese descuido no puede ser ignorado; como ocurre también con muchas referencias bibliográficas en donde no sólo la ortografía y las fechas son inconsistentes o incorrectas sino que la misma información varía. Por ejemplo, es penoso que se cite la "*Introduction a l' Archéologie de la Martinique*", como incluyendo a Guadalupe y que fue publicada en el "*International Congress of Americanists*" (p. 179) cuando el artículo en realidad fue publicado en el "*Journal de la Société des Américanistes de Paris*". Esto contribuye poco para mejorar el estado del trabajo académico puertorriqueño que el autor trata de emular.

No obstante, mucho del análisis, opiniones e ideas permanecen valiosos y merecían más desarrollo en vez de ser inundadas con diatribas puramente políticas o polémicas. Ciertamente, yo hubiera podido hacer más algunas

afirmaciones como las relacionadas a las "más absurdas elucubraciones, siendo la más popular la que ha querido atribuir orígenes étnicos diferentes a los dos sexos" (p. 108) o su punto de vista sobre la naturaleza de la alegada "invasión caribe y la importancia de las tradiciones orales" (p. 110). Resulta interesante que el análisis realizado por Sued Badillo en torno a la evidencia arqueológica sobre el asunto caribe, la de mediados de 1970, aunque incompleto, se encuentra entre los más lúcidos expresados en ese momento, especialmente en el justificado rechazo del autor a la indentificación de la cultura Suasey con las Islas del Caribe. Es ejemplar su discusión sobre las Islas de Sotavento, pero la de Guadalupe, una isla a la cual le asigna gran importancia en los eventos Caribe del siglo dieciséis, sufre de documentación inadecuada; Martinica, mejor conocida y más relevante es completamente ignorada.

Pero el argumento que finalmente hace más daño a la teoría del autor sobre la naturaleza de la sociedad caribe insular de principios del siglo diecisiete, de que ésta "Ya no constituían unas colectividades tradicionales" (p. 168) emana del olvido deplorable de las crónicas francesas de ese período. Es cierto que se dedica un capítulo entero (capítulo 3) a este asunto, pero en éste sólo se enumeran las **Relaciones** mayores, acompañadas de citas seleccionadas (todas las fuentes ya habían sido estudiadas concienzudamente por Dampierre en 1904), y nunca se acerca a un entendimiento abarcador de la cultura caribe del siglo diecisiete en las Antillas Menores. Una información muy importante que el autor ignora es el hecho de que estos caribes isleños se llamaban a sí mismos "Kalinago", como sabemos de los escritos de F. Breton. Este es un punto fuerte para fundamentar el dato de que los **caribes de las islas** compartían una conciencia étnica muy definida, la cual se extendía a los grupos Kalina de las Guyanas (los Galibis de Surinam y de la Guyana Francesa). Es de este apelativo étnico, Kalinago, que muchos antropólogos derivan los nombres los nombres de "Caribes" y "Caníbales" utilizados por los españoles durante la época del descubrimiento. Esto indica, sobre todo, que culturalmente, la población de las Antillas Menores de ese tiempo, la cual de hecho sólo ocupó permanentemente las Islas de Barlovento (de Guadalupe a Granada) estaba más relacionada con el continente que con cualquier forma desorganizada de cultura taína. Efectivamente, el patrón cultural mismo, típico del tipo de cultura tropical y a pesar de la inevitable contaminación de los elementos europeos, constituía una cultura bien integrada y sin señales de ser arreglos temporeros como quiere ver el autor. Como ha quedado bien demostrado en San Vicente,

cuando los esclavos africanos podían escaparse a las Islas Caribe, estaban más dispuestos a adoptar el lenguaje y la cultura local, que a “introducir elementos de sus propias culturas tradicionales”. Deseamos subrayar que en las fuentes francesas nada indica que los africanos componían un segmento mayoritario de la población nativa o de que hubieran producido una “intensa mezcla”. (p. 168). Es muy probable que este patrón cultural haya estado presente en las Islas de Barlovento desde los tiempos del descubrimiento por Colón. Un dato que desafortunadamente debemos aceptar es que muchos sucesos del siglo 15 permanecerán en la oscuridad, y que tal vez en las Islas de Sotavento o que esta falta de conocimiento es más afortunada ya que estas islas pudieron estar habitadas por un grupo étnicamente diferente a los de las Islas Caribe (como el desarrollo cultural prehistórico también parece sugerir).

El alcance de esta reseña hace poca justicia a tantas muchas ideas estimulantes comprendidas en el libro de Sued Badillo. No dudamos que generará mucha investigación en el futuro, la investigación necesaria tal vez, para rechazar muchas de las conclusiones prematuras o para dar status de evidencia histórica a muchas otras interpretaciones.

Louis Allaire
University of Manitoba
Canada

El Caribe Contemporáneo Núm. 6

La revista *El Caribe Contemporáneo*, publicación cuatrimestral del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, acaba de publicar su último número, el cual presenta un gran avance y superación, tanto en su contenido, como en lo referente a su impresión.

En su **sección Análisis de Coyuntura**, la revista trae dos artículos, uno de Suzy Castor (directora de la revista), sobre la política de Reagan en el Caribe, y otro de Pablo A. Maríñez, donde analiza las últimas elecciones presidenciales de República Dominicana.

En la **sección de Artículos**, vienen cuatro trabajos. Sidney W. Mintz, analiza la resistencia cultural y la fuerza de trabajo en el Caribe, R.S.